

ROQUE ESTEBAN SCARPA

Premio Literario "ATENEA" 1962

Poeta, escritor y crítico, Roque Esteban Scarpa es sin duda uno de los más altos valores literarios de habla hispánica. Sería imposible dar a conocer en esta breve nota su amplísima labor literaria y docente. Catedrático en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile y Director del Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la misma Facultad. Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Director de la Biblioteca Nacional.

Es miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Académico Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua y de las Reales Academias Sevillana de Buenas Letras y de Bellas Artes y Buenas Letras de Córdoba; de la Academia Paraguaya de la Lengua y del Instituto de Investigaciones Históricas de Asunción, etc.

Ha sido condecorado con varias distinciones por el Gobierno de España. De entre su vasta obra literaria podemos recordar "**Mortal Mantenimiento**", poesía, (1942), "**El Maestro de Soledades**" (1940), "**Primavera del Hombre**" (1941), "**Voz Celestial de España**" (1944), "**Luz de Ayer**" poesía, (1951), "**El Dramatismo en la Poesía de García Lorca**" (1962) y "**Antología de la Poesía Chilena**".

En 1962 recibió el Premio Literario ATENEA por su obra "**Thomas Mann: una personalidad en una obra**" que fue galardonado también con el Premio Municipalidad de Santiago y considerado por la crítica como el mejor libro del año en todos los géneros.

"**Recordando a Lugones**", su ensayo que presentamos a continuación, lo entregamos como un homenaje en el Centenario del nacimiento del ilustre poeta argentino.

recordando a lugones

Nada hay menos fácil que los grandes hombres en las tierras del espíritu. No pueden servir a dos señores y al único que reconocen es al que le dicta la propia vocación. La vocación de ser, que puede aparentar una línea recta con un principio y un fin, pero, como un disimulo de la búsqueda permanente, de la inquietud la contradicción que rectifica en el tiempo para la fidelidad consigo mismo y con la misión que, en cierta forma, alguien en él le ha asignado con su pluma de goce y su peso de dolor. No son fáciles los que se hacen a sí mismos en lucha con su demonio interior y con un mundo que se queda al rezago de los sueños y de lo que la vista aguda prevé donde los demás quieren ser ciegos.

Se les combate porque dan las espaldas a los que andan detrás por el tiempo. Y a esas espaldas se las llama arrogancia, soberbia, orgullo, y son el dorso de un cuerpo cuya faz mira al destino por amor a los hombres y cuya palabra el viento lleva hasta ellos, hasta los detractores que han de beneficiarse con el saber que aprehenden, ignorando que ese fantasmal desdén u olvido es una conciencia conocedora de sus límites y, por lo tanto, esencialmente modesta, incluso cuando parece tornarse agresiva o altisonante, para defender su débil soledad.

Llegan a creer que, para los otros grandes, los verdaderos y ya hechos, fue distinto. Leopoldo Lugones dirá de Sarmiento, aunque sus palabras lo traicionen en el riesgo de entender a los demás a la medida y experiencia propia, tan característico en espíritus de índole aproximativa que entienden de los otros lo que llevan ya en sí: "La naturaleza hizo en grande a Sarmiento. Dióle la unidad de la montaña que consiste en irse hacia arriba... hizo de su estructura una aglomeración pintorescamente compuesta de piedra, abismo, bosque y agua. Así son de cerca esos caos donde parecen expresar una especie de antiguo dolor ceñudo el desorden del granito. Su fortaleza manifiéstase en una ruda fealdad, como la carne del pobre". El poeta de la villa María del Río Seco agregará que si hay un medio preparado para producir o mantener la vida mediocre, todavía rebajada por la indiferencia es aquel San Juan de Sarmiento. Pero, otra fuerza, a contrapelo, lo hace grande desde el origen: una potencia espiritual, venida desde dentro, ab-ove, que Lugones al definirla como una mole pétreas e incommovible hace residir, sin embargo, su virtud en la unidad que sólo consiste en la

tentación de altura, en el irse hacia arriba, aun cuando destruye lo absoluto de la solidez, revelando sus ingredientes precarios y antagónicos: aglomeración de piedra, abismo, bosque y agua. Resistamos al deseo de puntualizar aquello sólido y sordo que se conjunta con la sima, con lo adherido y verde, capaz de pájaros y lo fluyente y verde, ahito de reflejos. El lo dirá mejor: "Sobre vuestras cabezas, en torno, reina la tempestad inmóvil de la piedra más imponente todavía en su silencio. Desde la inmensidad en que se abisman las distancias sobre campos indefinidos, desde la inmensidad donde no hay más que luz, el aire convertido en tela de viento, agrava la soledad con intermitencias de lejano aullido. No es alegre, por cierto, esa primera confrontación con la montaña. Su pedregal bruto, sus leñas torcidas, sus ramajes acamados, sus farellones agresivos, sus pendientes en que la fuerza de la mole parece empujarlos hacia atrás, nada tienen de amistoso. Todo cuanto notais en ella, es brutal y despedazado. Pero tomad distancia. El aire luminoso aclara la masa oscura que, poco a poco, divinizase en azul. Condensando el violeta difuso del ambiente, la montaña así translúcida constituye el paisaje con su espectáculo poético. Hay en aquella sublimidad algo de pensamiento y de música. Y el cielo integrado con ella, no es más que la disolución ligera de aquel terrón de añil cuya punta va humediendo la nieve. Así el hombre material, convertido ahora en el pensamiento que emanó de sí mismo". Estas son palabras del Lugones de 1911; pero, en las **Montañas de Oro**, su primer definitivo libro poético, de 1897, ya había expresado este mismo pensamiento:

...Los grandes hombres y las montañas
es forzoso que siempre estén de pie.

Y si bien en el poema que denomina "La voz contra la roca", escrito apenas pasada la veintena, el autodidacto que desde Córdoba conocía ya a los valores sustantivos de la poesía nueva en aquel entonces en Europa, y encuentra en Buenos Aires a Rubén Darío, no obstante habla de los poetas esenciales: el Dante que ilumina el abismo con su alma: Walt Whitman, adorador de la vida, cuyo canto serenamente noble hace pesar "sobre las vértebras enormes de su verso", todo cuanto es "fuerza, creación, universo"; y Homero, pirámide sonora, beca de lumbre, que habla lo mismo que Dios, porque la propia divinidad le ha hablado de muy cerca. Aunque habla de los poetas, como astros de su propio destierro o como aquél que tiene su cabeza junto a Dios, como todos (así lo recalca Lugones) y "su carne es fruto de los cósmicos lodos de la vida" y "su espíritu del mismo yugo es siervo, pero en su frente brilla la integridad del Verbo", ha introducido el tema refiriéndose no sólo a los poetas de la palabra, sino también a los poetas de la acción, a los creadores de mundos en busca de conciencia, claridad y justicia, a los grandes hombres que como las montañas les es forzoso mantenerse en la existencia siempre erguidos, altos en toda su extensión, tensos quizás de angustia, aunque los demás sólo vean ese gesto hierático. Lugones lo dirá con su plenitud juvenil en ese mismo poema:

"El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida pero hasta hoy nadie ha visto las lágrimas del hierro".

Pero pueden ver las lenguas de fuego que ayudan a forjarlo y su propia dureza que enfurece al fuego y loaira a sí mismo, hasta ponerlo rojo de rabia, para quedar en su justo temple. Lo dirá del Sarmiento, grave y burlón, cuya conciencia de su superioridad no le da aire solemne y de quien recuerda el elogio de la risa como la formulación de un verdadero concepto estético: "Los grandes maestros son inmortalmente risueños. El buen reír, educa y forma el gusto", pero que permite a Lugones, al Lugones de 37 años ya experimentados y maduros, reconocer en el maestro de "Facundo", porque también esas conclusiones las extrae de sus propias entrañas, "su odio implacable a la hipocresía de los bribones, al entono de los necios, a la crueldad de los engréidos, a la fatuidad de los pedantes; en una palabra, a la farsa triunfal de este mundo modernísimo, dominado por el cartel de anuncios que es el blasón de las plutocracias; al resoplante **bluff** que envida en dólares contra las estrellas, pasando por el firmamento su montgolfiera baladí. ¡Y todavía que le toquen los insolentes!", exclama. Si había terminado aquel poema que mencionamos, con un rotundo "Y decidí ponerme de parte de los astros", fue después de advertir a los hombres que no escupan nunca sobre una gran cabeza, no porque la grosería las alcance más allá de la superficie, sino porque desvanece la calidad humana del ofensor y lo fija en su acto: es sólo una mancha pasajera sobre una montaña, sobre un bloque, que no es una cristalización "sujeta a normas geométricas", sino una impaciencia devorante que podría cargar con todo lo que encuentra al paso, y mágicamente, puede también calzar botas de nueve leguas y, si las calza, es natural que levante polvo en la ruta.

Me he detenido en este doble retrato de motivo y ejecutante, porque el rostro y el parecido son exactos en el retratado, gracias a que el espíritu que movió la mano de la pincelada se hizo uno con lo que veía, porque lo llevaba ya en sí, como diría Goethe; lo había hecho carne de su espíritu, según el decir de Unamuno. Y no hay orgullo en el parangón, sino la comprobación de una íntima similitud. Si existe afán de grandeza, es porque hay necesidad de ella, se está hecho para ella. Es lo que Lugones define en un breve poema de **Filosofícula**, la "**"cordura"**:

Siquieres ser gigante,
sé hombre. Toma ejemplo de la gota
de rocío, que espaja el firmamento
en su cristalina forma.
El firmamento está en ella,
y ella es igual al firmamento ahora.
Haz como ella: llénate de cielo
y sigue siendo gota.

La medida humana con su plena responsabilidad de acción y de rectificación, de estar permanente viva y no anquilosarse; encontrar nuevas formas, que son mundos expresables, pues las anteriores, por haber logrado plenitud, tienden a repetirse; oponerse, para que los demás se afirmen o definan; enriquecer la verba para que lo comunicado lleve su carga dinámica en todos sus posibles y potentes matices; no conformarse con otra ciencia que no sea el humanismo, a la manera renacentista, que vaya, más

que a lo normativo o retórico de las ciencias, a lo que de ellas puede tocar y perfeccionar al hombre para que pueda seguir siéndolo y trasmitirlo para el prójimo, el próximo, el de nuestro costado y nuestro tiempo, para que la tarea bien hecha resulte universal y trascienda la época para la que fue realizada. Unir la conciencia personal con la de la nación, venir desde el pasado a través del presente que construye, con nuestra parte en el acto colectivo, el porvenir. Y no dejar de lado la fe, la esperanza y esa caridad que es el amor que, a veces, hay que entregar, para bien, con mayor dureza que la suavidad de la caricia, cuando las pieles son duras y se han encallecido. Y poner el entusiasmo que es la esencia de la poesía, la embriaguez en la claridad y el orden armónico en el sentimiento. Programa humano para cualquier hombre que desee serlo. Programa que llevaba en las venas el joven Lugones ya en Córdoba y que le llevó a buscar esa definición en diez libros de poesía y en veinticinco de prosa, amén de conferencias, ensayos, artículos, con tal meticulosidad de valoración ejemplar hasta en lo más mínimo, que en un libro de didáctica ha de pedir que retiren de su sitio un reloj cuando se descomponga, ya que "un reloj parado es un incentivo para el ocio, la mentira y la indisciplina".

Juan Pablo Echagüe, después de llamarle prodigioso creador, artista puro y polígrafo tentacular, sintetizará su significación en el ensayo que le dedica en "Seis figuras del Plata". "Su obra multiforme, y aparentemente contradictoria, sigue en los más diversos campos, rumbos singulares. Poeta, historiador, ensayista, crítico, humanista, todo —hasta la esquiva ciencia— lo exploró su alma inquieta. Quizá porque en su genio, atormentado por hondas ansiedades metafísicas se aborrascaban impulsiones dispares, se aventuró por todos los caminos y se exaltó por todas las ideas. Pero su lirismo jamás se desmintió. Pues, por sobre todo, a pesar de todo, Lugones permaneció poeta. Grande, desmesurado espíritu fue el suyo. En holocausto a las ideas que en ocasiones lo apasionaron hasta la angustia, no vaciló en sacrificar y renovar sus convicciones, a medida que iba removiendo y desbrozando conceptos. Así en la filosofía, así en la política, así en la literatura. Como un derecho y un honor reivindicó su inalienable libertad para rectificar posiciones ideológicas, desdeñando la crítica mezquina avanzó en la vida defendiendo abierta y brevemente sus credos sucesivos, sin componendas hipócritas ni cobardes antifaces. ¿Hay acaso doctrinas incommovibles en el mundo especulativo?... Fueron en realidad las circunstancias de la vida y del ambiente universales las que se transformaron en torno suyo; él no hizo más que adaptar a esa evolución las condiciones de su propio genio. Pese a las apariencias su obra entera se nutre en una fuente única: la belleza; la del espíritu y la de la forma; la fascinante belleza virtual que alucinó su alma de artista, y cuyo hechizo esquivo casi siempre consiguió él captar e infundir en las páginas esplendentes de sus libros. Porque es un porfiado y acaso químérico constructor de mundos mejores, abomina de lo que considera el mal y lo fustiga. El vaivén de sus ideologías o sus estéticas no es, pues, más que la órbita que sigue su pensamiento en torno de un supremo ideal: tal así como siguen los planetas su movimiento de translación alrededor del sol. Esta fue su honradez, ese es su significado, esa es la explicación de sus mudanzas y sus bregas".

Lo había dicho como un programa o una revelación premonitoria en su libro inicial "Las montañas de oro", señalando la relación entre el poeta y el astro apolíneo:

(La alondra y el sol tienen de común estos puntos:
que reinan en los cielos y se levantan juntos).

Y no es jactancia. Borges, que no se distingue por moderar sus opiniones, en el momento en que Lugones se quita la vida, escribe desde su altura y responsabilidad poética y crítica: "Decir que ha muerto el primer escritor de nuestra República, decir que ha muerto el primer escritor de nuestro idioma, es decir la verdad y es decir muy poco". En otra ocasión, refiriéndose a "Lunario sentimental", después de registrar el pensamiento de Lugones sobre el enriquecimiento del idioma con el hallazgo de imágenes nuevas y hermosas, expresadas con claridad y concisión, aunque le reproche el ser algunas tan visibles que obstruyen lo que deberían expresar, reconoce que presenta una de las mayores colecciones de metáforas de la literatura española.

Lugones, es el descontentador, por fiel a sí mismo, mientras quien le ha leído le exige la repetición de la imagen que de él se ha forjado. Cada libro suyo le es una aventura en su tiempo, contra la estereotipia de la época, adelantándose a lo que será forma y norma en el futuro, aunque perezca con él en búsqueda de un nuevo modo de concebir el arte y la belleza. Morirá una parte en la odisea, porque todo intento es malogro si se mira al ideal, pero hace al hombre y a un fragmento de la historia de la cultura. Y lo mejor siempre perdura, quizás distinto para cada uno de nosotros, según nuestra afinidad o estado de ánimo: el poema, un verso que vale por todo el poema, porque nos ilumina una posibilidad de mirar, un ángulo del mundo, un objeto o un matiz de la verdad, que salva al unísono al poema y nos salva, por enaltecernos, a nosotros mismos.

Importa para la historia de la poesía el intento intelectual de deshumanizarla, en 1909, con esa suma de lunas y cenizas de ironía, y distensiones de la inteligencia y negaciones del sentimiento, que en algún verso se cuela sin embargo de rondón. Todo ello antes de don José Ortega y Gasset y su postulación de deshumanizar el arte, casi por el agotamiento de una validez de aquellos ideales que imperaban y llevaron al mundo a la primera gran guerra, con su evitamiento de las formas repitentes de la vida, con una técnica rigurosa para no caer en el libertinaje y que constituye, a través de la tierra de nadie que establece la ironía, una manera nueva de ver lo humano, deshumanizada, intelecto puro, creación, pero, como diría Thomas Mann, parodia de la existencia.

Lugones lo hizo, cuando la belle époque, jugaba a las guerras preparatorias goces y sonrisas. "Canto a la luna por venganza de la vida", dirá. De su vida, ya que sostiene con el epígrafe sobre los blasones de Asturias, de Tirso de Avilés, que, antiguamente, decían a los Lugones, Lunones, por traer en su escudo cuarteado cuatro lunas blanqueadas. Quien cantó tan bellamente la obra de sus antepasados en cuatro siglos que a hasta él llegaban y le hacían responsable de una continuidad, ¿podía no quejarse contra estas nuevas lunas para "noches sentimentales de mises en Italia", de lunas que se

asoman tras las chimeneas, poco a poco y permiten que, en las piscinas, los sauces, "con poéticos desmayos" echen "sus anzuelos de seda negra a tus rayos convertidos en relumbrantes sardinas"? ¿Podía no acumular el de las cuatro lunas su desprecio hacia ésta que veía como "lámpara de alcanfor sobre un catafalco", no sin destacar esa voluntad acre de preservación sobre el mundo muerto que es el nuestro, o llamarla "postigo de los eclipses", "suspiráculo de las novias", "inexpresable cero en el infinito", bola de billar de domingo para "caramolas de esplín y de fortuna", si aquellos que apodaban Lunones por el accidente del escudo, se habían hecho Lugones con sus actos? Lo expresa rotundamente en el crescendo de la Dedicatoria a los antepasados en los **Poemas Solariegos**:

A Bartolomé Sandoval,
conquistador del Perú y de la tierra
del Tucumán, donde fue general,
y del Paraguay, donde como tal,
a manos de indios de guerra
perdió vida y hacienda en servicio real.
Al maestre de campo Francisco de Lugones,
quien combatió en los reinos del Perú y luego aquí,
donde junto con tantos bien probados varones
consumaron la empresa del valle Calchaquí.
Y después que hubo enviudado,
se redujo a la iglesia tomando en ella estado,
y con merecimiento digno de la otra foja,
murió a los muchos años vicario en la Rioja.
A don Juan de Lugones el encomendero,
que hijo y nieto de ambos, fue quien sacó primero
a mención las probanzas, datas y calidades
de tan buenos servicios a las dos majestades;
con que del rey obtuvo, más por carga que en pago,
doble encomienda de indios en Salta y en Santiago.
Al coronel Don Lorenzo Lugones,
que en el primer ejército de la Patria salió,
cadete de quince años, a libertar naciones,
y después de haber hecho la guerra, la escribió.
Y como buen soldado de aquella heroica edad,
falleció en la pobreza, pero con dignidad.
Que nuestra tierra quiera salvarnos del olvido,
por estos cuatro siglos que en ella hemos servido.

Este era su orgullo, su esperanza y su conciencia de que quien de tal tronco viene, mucho debe, y ha de esforzarse por pagar la deuda por lo menos en verdad y en belleza. Sin embargo, se siente inmerso de tal modo en la tradición, que si semeja, burlarse de los lunones de hoy, muertos en el cielo, él mismo se traiciona dando al ex-abrupto un valor momentáneo. En el **Lunario sentimental**, dirá:

Al compás del valse "Sobre las Olas"
la luna sobre el mar pronto desierto,
amortajó en su sábana inconsútil al muerto.

Y en "El libro fiel", dedicará al vals de Juvencio Rosas, un soneto, donde se leerá, tres años después del **Lunario**, la unidad del amor, la música popular y la luna:

Ritmo dulce y vulgar del mejicano,
que en la fidelidad de su tristeza,
llora patria y amor, hecho belleza
de luna popular y mar lejano.
Luna de ministril, flébil piano,
que dan novia y añaden con larguezas,
el lánguido jazmín de su cabeza,
la suave angustia de apretar su mano.
Por largas horas con mi bien, nos diste
esa noble ternura de estar triste
que en su amorosa sed quejarse escuchó...

Me temo haber dado del poeta una imagen seca de intelectual de laboratorio lírico cuando pretendíamos dar en el hombre, principio y fin de su poesía. Que experimentó poéticamente no es de dudarlo. Conocemos su aventura metafórica, su intento de deshumanización irónica y sarcástica. Digamos sólo unas advertencias sobre el ejercicio, en la orquesta de las palabras, para unir música y voz, instrumento y ritmo y sonido ajenos. En "A ti única", del **Libro de los paisajes**, crea un quinteto de la luna y el mar —así lo llama— donde suenan sucesivamente piano, primer y segundo violín, contrabajo y violonchelo. Oiremos sólo una de las estrofas para cada instrumento. El piano dice, con nota segura, las cosas inefables:

Los dulces suspiros que tu alma perfuman,
te dan como a ella, celeste ascensión.
La noche... Tus ojos... Un poco de Schumann...
Y mis manos llenas de tu corazón.

Mientras el primer violín, recogiendo el latido sordo verbal de la voz **corazón**, inicia el arco del sonido con un

Largamente, hasta tu pie
se azula el mar ya desierto,
y la luna es de oro muerto
en la tarde rosa té.

Y el violín segundo, recogiendo las tonalidades más sombrías con que gime, finalmente, su congénere, agrega en verso de igual medida, pero sonar distinto,

Media noche van a dar,
y al gemido de la ola,
te angustias, trémula y sola,
entre mi alma y el mar.

El contrabajo usa otra dimensión métrica, alarga su arco hasta el endecasílabo, el gemido insinuado se adensa, con una nota leve, para que resuene más rotundo su final de axioma, porque en el decir del contrabajo hay siempre una seriedad de hombre enfrentado a lo definitivo:

Así el fiel corazón se queda grave.
Y por eso el amor, áspero o blando,
trae un deseo de llorar, tan suave,
que sólo amarás bien si amas llorando.

Y el violonchelo alargará su presencia hasta las tres estrofas iniciales del piano y el violín primero, para expresar la divina calma, la pureza infinita donde un pañuelo ilusorio está presintiendo o solicitando adioses, y el abrazo de los seres tiene una nota final de desesperanza que marca, la palabra, corta y cerrada, cuya u tiene negruras de abismo:

Y ante la excelsa quietud,
cuando en mis brazos te estrecho,
es tu alma, sobre mi pecho,
melancólico laúd.

Experimentos sí, pero sostenidos y nutridos por lo que está viviendo. Porque el hombre Lugones se mueve en tensiones de ansia infinita. En la *Oda al amor* nos dice:

Implacable ansiedad de querer tanto,
fatal delicia de seguir queriendo;
amor terrible con tu mismo encanto.

Pero conoce también la sencillez trágica de las almas simples, en apariencias vulgares, pero ricas como las de cualquier ser humano. Y las describe con el tono adecuado, que lo irá acercando a lo popular y vernáculo. Son las *Chicas de Octubre*:

Claras chicas primaverales
cuya inquietud al paso deja
pensamientos sentimentales
en las glicinas de la reja.
Leves chicas que desparrama
el vientecillo baladí,
como un puñado de retama
vulgarizado en organdí.

Son las chicas fugaces de la acera, "con exceso de marimoña / loca de sol y juventud", de "piernas de araña costurera / a alas de ángel telefonista", cuya coquetería conoce el espejo confidencial que quiere repetir el gesto aprendido en el cine, ensayando el drama amoroso que las apasiona, las seduce, y las atrae con su falsa imagen de mayor vida dentro de la mecánica de su hábito obligado, almas de fácil piedad que lloran ingenuamente, "la novela de íntimo encanto / en que se casan Marta o Dora / después de haber sufrido tanto", chicas ilusionadas, "pasajeras y populares / cual las flores de la estación".

Y lo que aplica a lo humano, lo advierte en todo lo creado y compañero: en la "sensible araña que junto al piano / teje a ocho agujas su ñandutí liviano", "el jamelgo que resigna, mohino, / su fealdad huesuda de santo bizantino", "la viruta fresca como un rubio borrego / fragancia del trabajo y alegría del fuego", "el rústico bastón, / con algo de pariente, de gendarme

y peón", y ese loro a quien describe, ya no con la sobriedad del pareado, sino con larguezas:

Socarrón, perspicaz, sonoro,
a la casa aturde y alegra
con su ladina lengua negra,
desde su arco o su percha el loro.
Sabe cantar un tango entero,
los nombres nunca desacierta,
y según llaman a la puerta,
grita: ¡la leche! o ¡el cartero!
Ya repite la carcajada
y el rezongo de la vecina,
ya, remedando a la gallina,
miente otro huevo a la nidada.
O apreciando al pelafustán
con su sagaz ojo de vieja,
le suelta, mientras lo festeja,
una medalla o un refrán.
Y es de admirar con qué decoro
no desprovisto de ironía.
dice a la fámula tardía:
no se olviden del pan del loro.

Esta gracia, hecha de una observación que se hace casi nada por voluntad de restringirse, se repite en tono más pleno, ahora en una sonata, que es orquesta plena, en su famoso **Salmo pluvial**, con sus cuatro movimientos, que van valorando la necesidad de extensión y tono: Tormenta, Lluvia, Calma, Plenitud.

Tormenta.

Erase una caverna de agua sombría el cielo;
el trueno a la distancia, rodaba su peñón;
y una remota brisa de conturbado vuelo,
se acidulaba en tenue frescura de limón.
Como caliente polen exhaló el campo seco
un relente de trébol lo que empezó a llover.
Bajo la lenta sombra, colgada en denso fleco,
se vio al cardal con vívidos azules florecer.
Una fulmínea varga rompió el aire al soslayo;
sobre la tierra atónica cruzó un pavor mortal;
y el firmamento entero se derrumbó en un rayo,
como un inmenso techo de hierro y de cristal.

Lluvia.

Y un mimbreral vibrante fue el chubasco resuelto
que plantaba sus líquidas varillas al trasluz,
o en pajonales de agua se espesaba revuelto,
descerrajando al paso su pródigo arcabuz.
Saltó la alegre lluvia por taludes y cauces;
descolgó del tejado sonoro caracol;

y luego, allá a lo lejos, se desnudó en los sauces,
transparente y dorada bajo un rayo de sol.

Calma.

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.
Delicia de los gárrulos raudales en desliz.
Cristalina delicia del trino del jilguero.
Delicia serenísima de la tarde feliz.

Plenitud.

El cerro azul estaba fragante de romero,
y en los profundos campos silbaba la perdiz.

Desde las **Odas Seculares**, del tiempo o del centenario de la Independencia Argentina, se fue acercando al orgullo de sus forjadores y del sentido y nobleza de su tierra y sus hombres, hasta dar en lo que fue popular siempre, desde España: el romance escueto. Pasó por el verso alejandrino, cuando la necesidad del contenido lo exigía. Así en su canto a los próceres y en el mandato que trasmiten:

Mandan que en una vida de sencilla nobleza,
tengamos bien unidos corazón y cabeza;
como el pilar contante, si es sólido su ajuste,
un solo miembro integra con la basa y el fuste.

Pasó por la décima del payador, sabiduría e instintos cuajados en exigencia rígida, cuando cantó a los gauchos:

Raza valerosa y dura
que con pujanza silvestre
dio a la patria en garbo ecuestre
su primitiva escultura.
Una terrible ventura
va a su sacrificio unida,
como despliega la herida
que al toro desfonda el cuello,
en el raudal del degüello
la bandera de la vida.

Para concluir en el romance que tiene como mundo el de su origen, aquel pueblo citado en el último de los libros que él pudo ver, aquellos **Poemas solariegos**, fechados diez años antes de su voluntaria desaparición:

el pueblo en que nací y donde quisiera
dormir en paz cuando muera.

el pueblo cuyo nombre es una paradoja —Río Seco— por haber dado hombre de tanto caudal. En sus **Romances de Río Seco**, obra póstuma, explica el mundo de dónde viene, a través del discurso del romance sobre la cautiva:

A la Virgen de mi pueblo,
como si estuviera viva,
los más viejos, por cariño,
la llamaban **La Cautiva**.

La razón les daré al punto,
y fue que en cierta ocasión,
cautiva se la llevaron
los indios en un malón.
Esto aconteció, señores,
que es historia y no embeleco,
en la Villa de María,
curato del Río Seco.
A la población nombrada
la fundó, y entonces era,
ese virrey Sobremonte,
para guardia de frontera.
Y la villa con su fuerte,
como patrona tenía
a la Virgen del Rosario;
por eso era de María.

Tocamos su punto de humildad de origen de hace cien años. En aquel que en Córdoba no concluyó sus estudios secundarios hemos atisbado la pluralidad de su riqueza agresiva. No cabe poder resumir a un hombre y a su obra, con riesgo de olvidar sus admirables sonetos, porque el tiempo es nuestro enemigo. Admirable sí en su constancia, en su búsqueda y en ese mantenerse erguido siempre, y alerta para que sobre él no cayera sombra. Como dice Borges: "exaltó la espada porque la creyó necesaria para la redención de la patria. Es sabido que participó en la revolución de setiembre; a poco de triunfar este movimiento, Uriburu le ofreció la dirección de la Biblioteca Nacional; Lugones rehusó, porque su militancia había sido desinteresada". De este temple era quien, con su bota de nueve leguas, también como Sarmiento levantaba polvaredas a su paso. Buscó su propia quietud, porque el camino estaba ya trazado y era necesario que lo vieran sin su presencia. Lo había pensado catorce años antes, cuando expresó su filosofía de una vida y de una muerte, fuerte por fuera, apacible de ternura en la soledad interior:

Si así sabes vivir, dulcemente vive;
y llévate la vida, silencioso y manso,
como a una playa limítrofe al descanso,
con la fácil vicisitud de un declive.
Para quien este mundo es casa que se alquila,
(Inquilino fugaz de la Fortuna)
la idea de la muerte es una
soledad de pradera tranquila.
Rinde todo tu esfuerzo en la jornada.
Vela siempre con seriedad y empeño.
Al final tiene por profunda almohada
la eternidad. No temas por tu sueño.

Y aunque él se refiriera al sueño que inquietaba a Hamlet, nosotros podemos testificarle que tampoco tema por ese otro sueño expresado en palabras. El también se ha hecho eterno.